

Historia gestual y el devenir de la comunidad sorda de Quito*

Fernanda Bossano**

María Pía Vera***

RESUMEN

ESTE ARTÍCULO ANALIZA EL DEVENIR DE LA COMUNIDAD SORDA EN LA CIUDAD DE QUITO, LIGADA AL DESARROLLO DE UNA LENGUA PROPIA A TRAVÉS DE LAS MEMORIAS DE GUILLERMO ZURITA, FUNDADOR DEL PRIMER CLUB DEPORTIVO DE PERSONAS SORDAS EN ECUADOR, Y LAS DE ALFREDO TORO, FUNDADOR DE APSOPP. A PARTIR DE DICHAS MEMORIAS, PROBLEMATIZAMOS LA CONVIVENCIA Y SOCIALIZACIÓN DE LAS PERSONAS SORDAS DE ECUADOR EN LAS PRIMERAS INSTITUCIONES ESTABLECIDAS PARA SU EDUCACIÓN, LAS DIFICULTADES QUE ALLÍ ENFRENTARON. MOSTRAMOS QUE SI BIEN EMERGE UNA COLECTIVIDAD, ÉSTA ES TEMPORAL, INESTABLE Y PASAJERA EN TANTO QUE NO DEPENDE DE LAS PERSONAS SORDAS SINO DE LA INSTITUCIONALIDAD QUE MARCA LA ESCUELA. LUEGO, DESCRIBIREMOS CÓMO LAS PERSONAS SORDAS HACEN USO DE SU AGENCIA PARA REUNIRSE, CREAR ESPACIOS DE SOCIALIZACIÓN Y VÍNCULOS SOCIALES QUE, AUNQUE LIMITADOS, CONTRIBUYERON AL DESARROLLO DE SENTIDOS COMUNES Y DE UNA LENGUA PROPIA. POR ÚLTIMO, PRESENTAREMOS LA CONSOLIDACIÓN DE LA COMUNIDAD COMO UN ESFUERZO ORGANIZATIVO FORMAL A PARTIR DE LA PRIMERA ASOCIACIÓN DE PERSONAS SORDAS DEL PAÍS. ÉSTOS DOS ESPACIOS PERMITIERON IMAGINAR UNA COMUNIDAD, DOTADA DE CARACTERÍSTICAS PROPIAS, SENTIDOS Y ASPIRACIONES COMPARTIDAS.

PALABRAS CLAVE: MEMORIA - COMUNIDAD - PERSONAS SORDAS - LENGUA DE SEÑAS - IDENTIDAD - ECUADOR.

GESTURAL HISTORY AND THE FUTURE OF THE DEAF COMMUNITY IN QUITO

ABSTRACT

THIS ARTICLE ANALYZES THE EVOLUTION OF THE DEAF COMMUNITY IN QUITO, LINKED TO THE DEVELOPMENT OF A LANGUAGE OF THEIR OWN. IT IS BASED ON THE MEMORIES OF GUILLERMO ZURITA, FOUNDER OF THE FIRST SPORT CLUB FOR DEAF PEOPLE IN ECUADOR, AND THOSE OF ALFREDO TORO, FOUNDER OF APSOPP. FROM THESE MEMORIES, WE RESEARCH THE COMMUNAL LIVING AND SOCIALIZATION OF DEAF PEOPLE IN ECUADOR IN THE FIRST INSTITUTIONS ESTABLISHED FOR THEIR EDUCATION, AND THE DIFFICULTIES THEY FACED THERE. WE SHOW THAT ALTHOUGH A GROUP EMERGES, IT IS TEMPORARY, UNSTABLE, AND TRANSIENT SINCE IT DOES NOT DEPEND ON DEAF PEOPLE BUT INSTEAD ON THE INSTITUTIONALISM THAT MARKS THE SCHOOL. THEN WE WILL DESCRIBE HOW DEAF PEOPLE MAKE USE OF THEIR AGENCY TO MEET AND CREATE SPACES OF SOCIALIZATION AND SOCIAL LINKS WHICH, ALTHOUGH LIMITED, CONTRIBUTED TO THE DEVELOPMENT OF COMMON SENSES AND A LANGUAGE OF THEIR OWN. FINALLY, WE WILL PRESENT THE CONSOLIDATION OF THE COMMUNITY AS A FORMAL ORGANIZATIONAL EFFORT OF THE FIRST ASSOCIATION OF DEAF PEOPLE IN THE COUNTRY. THESE TWO SPACES ALLOWED THEM TO IMAGINE A COMMUNITY ENDOWED WITH ITS OWN CHARACTERISTICS, SENSES, AND SHARED ASPIRATIONS.

KEYWORDS: MEMORY - COMMUNITY - DEAF PEOPLE - SIGN LANGUAGE - IDENTITY - ECUADOR.

* Este artículo se realizó con el apoyo del Fondo Pùblico de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (para el incentivo de la publicación) y forma parte del trabajo de grado titulado *Identidad y lengua de señas ecuatoriana: una etnografía al interior de la comunidad sorda de Quito* (2019), presentado en la Escuela de Antropología de la PUCE por Fernanda Bossano bajo la dirección de María Pía Vera.

** Licenciada en Antropología por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, (PUCE). Correo electrónico: ferbossano@hotmail.com.

*** Máster en Antropología, profesora de la Escuela de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, (PUCE). Correo electrónico: mpvera@puce.edu.ec.

Introducción

A l ser una población geográficamente dispersa, la mayoría de niños y niñas sordas se encuentran por primera vez con sus pares en instituciones educativas especializadas. De ahí, que Mier *et al.* (2010) sostenga que las lenguas de señas emergen poco a poco, junto con la comunidad de hablantes que se forma en estos primeros espacios de socialización. Sin embargo, no profundiza en la agencia de los individuos, en la construcción y el desarrollo de una comunidad, así como de una lengua propia. En el caso de las personas sordas de Ecuador no bastó con encontrarse en un mismo lugar, ya que los paradigmas normalizadores instaurados desde la fundación de la primera escuela en los años cuarenta prohibieron el desarrollo de una lengua e inhibieron la formación de una identidad compartida. La comunidad sorda, en consecuencia, fue un esfuerzo consciente; es decir, las personas sordas, a través acciones concretas en favor de sus miembros, construyeron una colectividad fuera de las aulas, en canchas de fútbol y posteriormente en asociaciones.

En este artículo analizaremos la “historia gestual”¹ sorda con el objetivo de comprender cuál fue su devenir y qué hizo posible la consolidación de esta comunidad en la ciudad de Quito a través de las memorias de Guillermo Zurita, fundador del club deportivo Ecuador Sporting Silencioso² así como las memorias de Alfredo Toro, fundador y primer presidente de la Asociación de personas sordas de la provincia de Pichincha (APSOPP), institución que inició el movimiento asociativo entre personas sordas en el país. Las entrevistas realizadas a ambos personajes formaron parte de un amplio trabajo de campo³ que se realizó por más de trece meses. La elección de estos dos actores está relacionada con su amplio reconocimiento dentro de la comunidad sorda. Sin embargo, es importante señalar que sus relatos no representan la totalidad de experiencias de las personas sordas, pues la memoria es inagotable y, por lo tanto, la historia que se forma a partir de ella es siempre incompleta⁴.

En términos metodológicos, lo que más interesa a esta investigación son las propiedades subjetivas de los relatos, a través de los cuales se producen y reproducen las memorias de la comunidad. Portelli (1991) explica que los relatos orales que posee una comunidad más allá de constituir repositorios de hechos históricos, dan cuenta de un proceso activo de creación de significados, es en ese mismo sentido que nos referimos aquí a “relatos gestuales”, en tanto unos y otros poseen las mismas características. Así tanto los relatos gestuales como los orales suelen contarse y discutirse una y otra vez a lo largo del tiempo. Los narradores reconstruyen acontecimientos lejanos, los ordenan y colorean, y los entrelazan con las narrativas sobre la identidad de la comunidad. Así edifican un pasado común en función de los sentidos del presente. Es justamente, en su capacidad de develar lo subjetivo en la que encontramos su importancia. Nos muestra el significado de un acontecimiento y la relación entre este y su narrador (Ibíd.). La imaginación, el simbolismo y el deseo, es decir, el contenido emocional que encontramos en las narraciones es lo que las hace complementarias en la investigación histórica.

Por otra parte, y antes de examinar los relatos de Zurita y Toro para dar cuenta del devenir de la comunidad sorda, ligada al desarrollo de una lengua propia y un sentido de pertenencia, revisaremos qué entendemos por comunidad y sobre todo los procesos que la hacen posible.

1 Las personas sordas se comunican y, para el caso que aquí interesa, narran su pasado a través de su lengua que es viso-gestual. Aunque la noción de “tradición oral” resulta aplicable a sus formas de transmisión cultural, el término en sí mismo es inapropiado para referirse a esta comunidad lingüística. Así que hablaremos de su “historia gestual” refiriéndonos al equivalente en lengua de señas.

2 Club deportivo sordo pionero en Ecuador. La memoria de las personas sordas en Ecuador señala a Guillermo Zurita como el fundador de la comunidad; sin embargo, no descartamos la posibilidad de que existiesen otros colectivos o pequeños grupos de sordos, antes o después del establecimiento del equipo de fútbol.

3 Durante ese tiempo se condujo una etnografía de la comunidad sorda que incluyó tanto conversaciones como entrevistas semi estructuradas con varios miembros de la comunidad, entre estos, personas importantes en la historia organizativa y dirigentes de las asociaciones y federaciones.

4 En este sentido, cabe mencionar, que la comunidad sorda no ha creado espacios para conocer las historias de las mujeres sordas. Tampoco existen registros que den cuenta de las experiencias de personas sordas aisladas de su comunidad y privadas de una lengua.

Con este fin, utilizaremos el concepto de comunidad propuesto por Cohen (2001) y Anderson (1993) y las reflexiones de Mier *et al.* (2010) y Atherton (2005) sobre la emergencia de lenguas y comunidades sordas. A partir de allí, en primer lugar, problematizaremos la convivencia y socialización de las personas sordas de Ecuador en las primeras instituciones establecidas para su educación y las dificultades que allí enfrentaron. Luego, describiremos los esfuerzos realizados por las propias personas sordas para reunirse, crear espacios de socialización y vínculos sociales que, aun cuando fueron limitados, contribuyeron al desarrollo de sentidos comunes y de una lengua propia. Por último, presentaremos la consolidación de la comunidad como un esfuerzo organizativo formal a partir de la primera asociación de personas sordas del país.

La emergencia de la comunidad: una revisión teórica

Athernon (2005) reconoce que para que cualquier comunidad pueda surgir y mantenerse tiene que haber algún tipo de comunicación entre sus miembros. En el caso de los sordos signantes, la comunicación oral con oyentes es problemática en comparación al uso de la lengua de señas al interior de su comunidad. Para Anderson (1993), analizar la construcción de una comunidad implica preguntarse cómo esta ha sido imaginada. Los miembros de un grupo generalmente se aglutinan y forman lazos alrededor de un ‘algo’ en común. Es decir, los miembros de una comunidad justifican su existencia en alguna particularidad que imaginan como compartida. Esta comunión nace de cualquier rasgo característico, por ejemplo, hablar una misma lengua (Anderson, 1993). Cuando se trata de las personas sordo señantes, se puede pensar en elementos concretos sobre los que es posible imaginar una colectividad: la sordera y, sobre todo, el uso de las lenguas de señas.

Ahora bien, si tenemos un rasgo concreto para definir una comunidad ¿a qué se refiere Anderson cuando afirma que las comunidades se imaginan? Al igual que las identidades, las comunidades se construyen políticamente, los rasgos materiales que le dan el sentido de comunidad son ideológicos, es decir arbitrarios, pero naturalizados. Para Cohen (2001) son los símbolos por sobre las características concretas, las que construyen una comunidad. Si bien una comunidad puede aglutinarse con base en la práctica de una misma religión, características étnico-raciales, la ocupación de un espacio geográfico específico o, como vimos en el caso de las personas sordas signantes, el uso de una lengua particular; son los símbolos lo que le dan significado a esta materialidad y los que crean reconocimiento en los sujetos y les permiten identificarse como parte del grupo. De este modo, la comunidad le da sentido a su existencia.

Los miembros de un grupo comparten un sentido de la vida. Pero eso no quiere decir que las comunidades son unidades homogéneas. Si bien comparten rasgos particulares, en los que se justifica su unión, y su identidad colectiva, es cierto también que los símbolos que los congregan no tienen un significado inherente; por el contrario, representan tanto un sentido compartido como lo que cada persona percibe de ellos, están vinculados así a la subjetividad propia de cada miembro. Por ejemplo, podemos decir que la comunidad sorda tiene un símbolo, ser sordo signante, sin embargo, para cada miembro ser sordo evocará una imagen particular. El símbolo no tiene un significado fijo, sino que posee la habilidad de adherir todas las expresiones subjetivas, de contener toda clase de significados y de permitir que cualquiera le atribuya el suyo propio. De este modo, da la idea a los que utilizan el mismo símbolo de que comparten un mismo significado (Ibid.).

Estratégicamente, omitir la heterogeneidad sirve a los miembros de una comunidad a presentarse como un frente unificado en relación con otras comunidades. Es decir, todos estos significados pueden ser incongruentes o ambiguos, pero al ser el símbolo el mismo, permite la idea de comunidad. Cohen (2001: 16) explica:

“La cultura, que se constituye de símbolos, no se impone de tal manera que todos sus adherentes tengan el mismo sentido del mundo. Más bien, simplemente les da la capacidad de hacer sentido y, si tienden a hacer un tipo similar de sentido, no es debido a ninguna influencia determinista, sino porque lo hacen con los mismos símbolos”.⁵

De este argumento, el autor rescata el hecho de que la cultura no se impone ni determina al individuo, es él, a través de su interpretación y subjetividad, quien da sentido a sus relaciones y a sus comportamientos a partir de los símbolos que esta provee.

En consecuencia, podemos definir a la comunidad como un repertorio de símbolos en común que producen en sus adherentes la idea de que todos comparten visiones similares del mundo o, que, en todo caso, comparten entre ellos sentidos del mundo más similares de los que comparten con cualquier otra comunidad.

“El triunfo de la comunidad es contener esta variedad de tal forma que su discordancia inherente no subvierta la aparente coherencia que se expresa en sus fronteras [...] Así, aunque reconocen importantes diferencias entre sí, también se suponen más parecidas entre sí que entre los miembros de otras comunidades”⁶ (Ibíd.: 20-21).

Al igual que en cualquier otra comunidad, las personas sordo señantes de Quito construyen sus límites alrededor de ideas sobre su lengua, su identidad, su sordera, su comunidad y la discapacidad, cada uno de estos rasgos marcan un límite en apariencia coherente ante la mayoría oyente, sin embargo, en concordancia con Cohen, estos símbolos están cargados de subjetividad y su análisis nos permite ver la pluralidad de significados al interior del mundo sordo.

La identidad es un fenómeno social intersubjetivo. No es una estructura fija, sino que cambia con el contexto y la interacción (Bucholtz y Hall, 2010). Las identidades se construyen sobre condiciones de existencia compartidas (simbólicas o materiales). Sin embargo, para Hall su mayor característica es la contingencia. Es un proceso de la diferencia frente al otro y en este sentido, es una construcción política. Es el resultado de ciertas prácticas discursivas. Los discursos intentan integrar las incoherencias que existen al interior de un grupo diverso. Es decir, el yo colectivo está lejos de ser homogéneo. “[N]unca se unifican [...]; nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzadas y antagónicas” (Hall, 2003: 17). Las incoherencias se manejan según las necesidades del grupo en cuanto la representación es posicional y estratégica; lo que quiere decir que adoptamos un discurso dependiendo del contexto. Esto muestra la dimensión narrativa de la identidad, que imagina una historia, un origen y que permite la ilusión de unidad el interior de un grupo heterogéneo, de este modo, incide en la forma en la que los otros la perciben.

Al pensar la identidad como una dimensión del discurso, se la analiza dentro del contexto histórico, social, político e institucional en el que se funda y en relación con las prácticas que la construyen. Sin embargo, no se debe caer en un determinismo de la estructura, que se cierra sobre la construcción histórica del ser humano, sin dejar lugar para la respuesta del individuo al reclamo de la identidad ni para que se autoidentifique en ella; la estructura tampoco explica por qué unos individuos se identifican con una identidad y no con otra y porque ocupan un lugar

5 Cita original: “Culture, constituted by symbols, does not impose itself in such a way as to determine that all its adherents should make the same sense of the world. Rather, it merely gives them the capacity to make sense and, if they tend to make a similar kind of sense it is not because of any deterministic influence but because they are doing so with the same symbols” (Cohen, 2001: 16).

6 Cita original: “The triumph of community is to so contain this variety that its inherent discordance does not subvert the apparent coherence which is expressed by its boundaries [...] Thus, although they recognize important differences among themselves, they also suppose themselves to be more like each other than like the members of other communities” (Cohen, 2001: 20-21).

y no otro, como señala Hall (2003). Este énfasis en la estructura puede llevar “a sobrestimar la eficacia del poder disciplinario y a plantear una idea empobrecida del individuo, incapaz de explicar las experiencias que están al margen del reino del cuerpo ««dócil»»” (Ibíd.: 30).

De allí que Hall reconozca dos dimensiones de la identidad que se interrelacionan: la identificación y la identidad. La primera se refiere al control de los discursos sobre el sujeto a través de su interpelación, es decir, el poder de las formulaciones discursivas para sujetar, y designar una posición en la sociedad, la sujeción a la que se refiere Foucault en sus primeras reflexiones. El otro nivel, implica la construcción del sujeto y su panorama interno, su subjetividad, y su capacidad de identificarse o no identificarse con los discursos que lo apelan, a los que llega Foucault en sus últimos textos. A partir de ambas dimensiones, Hall quiere demostrar que el proceso de identificación no es unilineal, es decir, no se limita a un sujeto preso de la ideología⁷ identitaria, sino a uno que toma posesión de los discursos y prácticas que lo reclaman. En esta investigación tomamos los argumentos de Hall (2003: 32), que señalan además que “el trabajo teórico no puede cumplirse plenamente sin complementar la descripción de la regulación discursiva y disciplinaria con una descripción de las prácticas de la auto constitución subjetiva”. De este modo, el autor explica la necesidad de una integración teórica.

“[...] que señale cuáles son los mecanismos mediante los cuales los individuos, como sujetos, se identifican (o no se identifican) con las «posiciones» a las cuales se los convoca; y que indique cómo modelan, estilizan, producen y «actúan» esas posiciones, y por qué nunca lo hacen completamente, de una vez y para siempre, mientras que otros no lo hacen nunca o se embarcan en un proceso agonístico constante de lucha, resistencia, negociación y adaptación a las reglas normativas o reguladoras con las que se enfrentan y a través de las cuales se autorregulan” (Ibíd.: 32-33).

De ahí que afirmemos que los movimientos sociales de personas sordas en todo el mundo resisten y negocian con las distintas representaciones que buscan confinarlos a una identidad dominante. Estos actos de resistencia son políticos porque implican una lucha contra las etiquetas a las que el resto busca inscribirles (Calhoun, 1994). Por ejemplo, en Ecuador las personas sordas rechazan el apelativo “sordomudo” y se autodenominan “sordos” o “personas sordas” como parte de la lucha contra las etiquetas que se fundan en la ideología capacitista. Asimismo, el agruparse y reconocerse como pertenecientes a una comunidad propia, burlando el objetivo de las escuelas oralistas de integrarlos a la sociedad oyente, representa un desafío a los mecanismos de control que buscan su normalización.

Así, el proceso identitario promueve la acción y la agencia de los miembros del grupo (Bucholtz y Hall, 2003). Las comunidades nacen a partir de acciones concretas y a partir de la participación de agentes particulares. Los esfuerzos por agruparse e identificarse entre iguales vienen de la búsqueda de expresión, autonomía, reconocimiento y legitimidad ante la sociedad mayoritaria, otras comunidades y el Estado (Calhoun, 1994). Alberto Melucci (2003) explica que la identidad colectiva posibilita la acción de un grupo porque permite a sus miembros reconocerse en él gracias a las orientaciones, motivaciones, y acciones creando un sentido de pertenencia, pero también de destino. Es así como, las comunidades, guiados por un sentimiento de pertenencia toman acciones para crear identidad y ser reconocidas como una fuerza política.

Finalmente, en cuanto a la comunidad sorda ecuatoriana, algunos datos históricos y testimonios que muestran los hitos constitutivos están documentados en el folleto educativo *Aproximaciones a la historia de la comunidad sorda ecuatoriana* (2014) publicado por la Federación Nacional de Personas Sordas del Ecuador [FENASEC] y el Ministerio de Educación. Banet (2016) describe el contexto histórico de la lengua de señas ecuatoriana a partir de los años sesenta en su tesis de maestría, y Campaña (2015) problematiza la educación oralista de las personas sordas de Ecuador en su tesis de pregrado. Sin embargo, y más allá de estos registros,

7 Con ideología nos referimos a las construcciones arbitrarias pero naturalizadas.

su origen y formación como comunidad, pertenece a la historia gestual de las personas sordas, que se conversa, rememora y transmite cada aniversario del club deportivo Ecuador Sporting Silenciosos⁸; así como en cada celebración fundacional de la Asociación de Personas sordas de la provincia de Pichincha [APSOPP]⁹, y durante la semana internacional de las personas sordas que se celebra todos los años en septiembre. En definitiva, los adultos mayores de la comunidad comparten sus vivencias con las nuevas generaciones en cualquier espacio de homenaje, porque cada uno de estos momentos son en realidad instantes de celebración de la comunidad y de su origen¹⁰.

Los primeros espacios de vinculación y la formación incipiente de una lengua propia

Como sostiene Mier *et al* (2001), a través de la lengua transmitimos y recibimos información sobre nosotros mismos y el mundo; con ella también desencadenamos acciones y expresamos nuestros sentimientos. Para las personas sordas, la socialización dentro de sus hogares, vecindarios y espacios de trabajo, donde la mayoría es oyente, se ve limitada por la falta de comunicación efectiva. De manera que al fundarse los colegios para personas sordas en Quito se crearon también los primeros espacios para su encuentro y comunicación. Desafortunadamente y como mostrarán los testimonios de Zurita y Toro, estos espacios de aglutinamiento y convivencia, aunque representaron la primera oportunidad para relacionarse, no pudieron dar paso a la constitución de una comunidad sorda por varias razones.

En primer lugar, el acceso a estas instituciones escolares era bastante restringido al conjunto de la población sorda, tanto por su dispersión geográfica como, en muchos casos, por su situación socioeconómica; así, las comunidades que se crearon se contenían a sí mismas al interior de tal o cual plantel. Por otro lado, estas agrupaciones no dependían de los sordos sino de la institucionalidad que marca el sistema educativo. Se trataba entonces de una población estudiantil creada por otros a partir de una clasificación (oyente/sordo) que es excluyente y diferenciadora, y que buscaba -y aún lo hace- la transformación de los sordos a través de su oralización, es decir, está guiada por esfuerzos asimiladores y no inclusivos. De este modo, los colegios constituían en realidad un ambiente represivo para el florecimiento del sistema lingüístico gestual, así que su desarrollo por parte de los estudiantes fue clandestino y limitado.

Finalmente, los lazos sociales que se forjaban entre compañeros de diferentes provincias del país eran temporales, limitados a su estancia en la institución e inestables. De manera que, a pesar de existir vinculación entre pares sordos y aprovechar las difíciles condiciones para la interacción y la emergencia de una lengua de señas, su educación no tenía otro objetivo sino el de reintegrarlos a la sociedad oyente. Así, dispersos nuevamente, las acciones emprendidas por las personas sordas para vincularse de formas más permanente y construir una lengua propia no se concretaron en estos espacios. A continuación, se explorará las memorias en torno a estos primeros esfuerzos en las nacientes instituciones de educación para personas sordas en Quito.

El Instituto Enriqueta Santillán, que abrió sus puertas en 1940, el Instituto Mariana de Jesús, fundado en 1952 y la sección para niños sordos dentro el colegio Eugenio Espejo establecida en 1962 fueron los primeros espacios en Quito que reunieron a personas sordas. Al estar situados en la capital, recibían estudiantes de todo el país. Así, por ejemplo, el colegio Mariana de Jesús funcionaba como internado y los alumnos regresaban a sus hogares durante los feriados y vacaciones de fin de curso. Mier *et al* (2001) explica que las personas sordas que entran en

8 Primer equipo de fútbol fundado por personas sordas en el país, el 6 de agosto 1966.

9 Primera asociación sorda del Ecuador, fundada 30 de julio de 1978.

10 Siguiendo a Durkheim (2003) es en las celebraciones, las ceremonias, los homenajes, dotados todos ellos de fuertes elementos rituales, que los miembros de la comunidad se congregan y se avivan los sentimientos y los símbolos unidad e identidad; la lengua de señas y la historia “gestual” que se narra simbolizan la comunidad, son así capaces de despertar y renovar constantemente el sentimiento de pertenencia al grupo. Estos actos expresan así la auto creación y el desarrollo autónomo de la comunidad.

una institución educativa vienen de contextos muy diversos, con expectativas y conocimientos particulares sobre el mundo, de modo que al momento de comunicarse tienden a ser más verbales. Esto se debe a la falta de representaciones compartidas lo que, posiblemente, dificulta e incrementa el tiempo de desarrollo de estructuras lingüísticas. Así, la lengua de señas emergente en Quito se construyó con la ayuda de participantes provenientes de ciudades como Riobamba, Ambato, Loja, Cuenca, Guayaquil y Latacunga. Cada uno de los niños y niñas sordos aportó con los sistemas lingüísticos a los que estaban expuestos en sus diversos contextos socioculturales, ya sean estructuras y vocabulario de lenguas orales, otras lenguas de señas¹¹ o señas caseras¹².

Hasta los años ochenta, las escuelas, atendiendo al discurso del control del cuerpo con el que se venía pensando la sordera desde el siglo XIX, buscaban normalizar al sordo a través de la rehabilitación, utilizando el oralismo y la lectura labial (FENASEC, 2014). A pesar de que, dependiendo de la institución, se registraron diferentes grados de uso de señas aisladas o incluso de contacto con profesores sordos signantes, hasta el año 1996 estuvo prohibida o desalentada fuertemente. Si se usaban algunas señas aisladas, eran como medio temporal para un fin mayor, la oralización e integración a la sociedad mayoritaria y oyente. Alfredo Toro, recuerda: ¡Ah! nos pegaban en las manos. Solo oralizar, solo oralizar. Yo quería hablar con señas y nos daban con una regla. Solo era oral y la voz, y la voz, y la voz, y después con mis amigos hablábamos en señas en secreto. Llegaba el profesor y disimulábamos como *si hubiésemos estado oralizando* (entrevista, 24 de septiembre del 2018).

Así, si bien los y las estudiantes producían y transmitían señas, el pensamiento de la época restringía el surgimiento de una lengua en toda su complejidad.

Del mismo modo, a pesar de que la escuela significó un espacio de vinculación, las relaciones se producían entre un número limitado de estudiantes quienes además dependían del espacio social y físico generado por la escuela. Una vez graduados, volvían a sus ciudades y conseguían trabajos junto a oyentes con quienes utilizaban la lengua oral. Alfredo Toro, por ejemplo, después de graduarse del colegio siguió una tecnología en el Instituto Técnico Ecuatoriano Alemán, donde se esperaba que siguiera las clases en español a partir de la lectura labial y que se relacionara con sus compañeros oyentes de manera oral. Cuando finalizó los estudios superiores en 1974 fue a trabajar en una fábrica en Quevedo donde todos sus colegas eran oyentes, “*yo era el único sordo y trabajaba. [...] Nada de señas, sino hablando y escribiendo y así*” (Ibíd.). Del mismo modo, Guillermo Zurita, después de terminar sexto grado, regresó a su ciudad natal y se relacionó solo con oyentes, lo mismo sucedió cuando encontró trabajo en la capital: “*No había sordos, yo era el único sordo, todos eran oyentes. Utilizaba algunos gestos y movía la boca para podernos entender con mis compañeros*” (comunicación pública, 24 de septiembre de 2018). Es así que, no solo era difícil encontrar personas sordas en el espacio laboral, sino que las instituciones educativas cumplían con su propósito normalizador de asimilar al sordo a la comunidad oyente. Para entonces, ni Guillermo, ni otros sordos de su generación se habían planteado la idea de una asociación sorda.

Más allá de los posibles contactos entre personas sordas en la época en que Alfredo y Guillermo sitúan sus relatos, las experiencias de ambos narradores muestran discontinuidad de las relaciones con otros sordos y la inexistencia de esfuerzos vinculantes. En la actualidad, las personas sordas, una vez terminados los estudios, encuentran trabajos lejos de sus compañeros sordos. Sin embargo, existen asociaciones formales de personas sordas a las que pueden asistir después de graduarse para continuar socializando¹³. Incluso, pueden decidir no pertenecer a

11 Guillermo Zurita, explica que tenían profesoras extranjeras que hacían uso de señas provenientes de Francia, Italia y España. También recuerda que una de las docentes, oriunda de Loja, tenía cinco hermanas sordas con las que se comunicaba usando algunos gestos. Así también evoca la presencia momentánea de un profesor sordo signante de Chile, quien les enseñó algo de su vocabulario.

12 *Homesigns* o señas caseras “es un sistema de comunicación básico creado dentro de una familia con uno o unos pocos miembros sordos” (Meir, 2010: 269).

13 En el actual contexto de la pandemia por el COVID-19 las personas sordas se reúnen a través de diversas plataformas virtuales para participar en diferentes actividades de ocio. Así continúan construyendo y manteniendo su comunidad.

ninguna asociación, y socializar de manera independiente y acorde a sus intereses, con otras personas sordas que no son miembros de ninguna asociación o colectivo. En los sesenta, y principios de los setenta del siglo pasado, cuando los dos líderes eran estudiantes, aún no las habían fundado.

“Vamos a jugar fútbol”: la construcción de espacios de socialización

Como ya se dijo, la escuela significó un espacio de vinculación para las personas sordas. Sin embargo, era momentáneo y se disipaba al regresar al mundo oyente. Faltaba un elemento imprescindible, la voluntad de los ex estudiantes o las personas sordas en general para autoconvocarse y crear espacios fuera de los creados por las instituciones escolares. Algo que resultaba difícil de hacer, si se toma en cuenta el modelo de pensamiento de la época que motivaba su integración a la comunidad oyente, única que se percibía como comunidad de destino y afirmación social e identitaria. Sin embargo, en los años sesenta, el deseo de uno de los ex alumnos de reencontrarse con sus compañeros se convirtió en el catalizador de un movimiento de reclutamiento de estudiantes sordos, que llevó a la formación del primer club deportivo sordo del país. Por mucho tiempo fue un espacio creado por y para los hombres sordos¹⁴, que consolidó una comunidad de sentido, tanto por las experiencias vividas, las representaciones y significados compartidos, como por la producción y transmisión de la lengua de señas.

En 1964 Guillermo Zurita viajó de su natal Latacunga a Quito con el objetivo de encontrar trabajo. Esta vuelta a la capital hizo nacer en él el deseo de reencontrarse con sus ex compañeros de clases, tres años después de su graduación: *“Yo estaba trabajando en Quito por el año de 1964 y estaba buscando, buscando [a mis compañeros sordos]. “No hay, bueno” y seguía trabajando. Hasta que en el año de 1966 me encontré con un amigo [sordo] y le pregunte: “¿Dónde están los sordos de la escuela en la que crecimos? yo les estoy buscando”. Y fuimos y encontramos unos pocos sordos y les dijimos “vamos a jugar fútbol”* (comunicación pública, 24 de septiembre de 2018).

Es aquí donde encontramos la primera iniciativa de unión, así como un sentido de mismidad y diferencia. Décadas más tarde, en una entrevista conducida por Pablo Campaña (2018), Guillermo Zurita reflexiona sobre la importancia del encuentro con otros sordos mientras vivía su vida dentro de una sociedad oyente:

“Sí, sí es muy importante tener amistades [sordas], sí, yo tenía amistades oyentes, es como que me sentía un poco desplazado, pero con los sordos conversamos, nos movemos y nos vamos de paseo. Hicimos muchas cosas, fuimos a la montaña, es muy importante tener amigos sordos” (entrevista, 1 de junio de 2018).

Es así como los cimientos bajo los cuales se construirá una comunidad sorda son, en primer lugar, la necesidad de los jóvenes sordos de comunicarse con otros en su propia lengua; esto a partir de la emergencia de un sistema lingüístico que empezaron a construir en sus escuelas. En segundo lugar, la percepción de diferencia y otredad en su relación con la sociedad oyente, así como de mismidad con otras personas sordas.

Además de la reactivación y de un mayor desarrollo del sistema lingüístico gestual que constituyó el germen de la comunidad, las personas sordas crearon un espacio de convivencia. Como cuenta Guillermo, los encuentros deportivos se transformaron en una excusa para reunirse a conversar, apostar, comer y beber. Participación en una comunidad, que era buscada por las

14 Las mujeres sordas no solo se enfrentaban al estigma de la sordera sino también a las formas patriarcales que han pensado sobre las mujeres históricamente. En su gran mayoría permanecían aisladas en sus casas, sirviendo de empleadas domésticas o encerradas en cuartos, sin acceso a la educación, y al conocimiento y reconocimiento de otras personas sordas. A su mayor aislamiento y a un tutelaje más ceñido, hay que sumar el devenir de este primer espacio de socialización creado a partir de un hombre y sus amigos hombres en torno a un deporte que, en la época y en Ecuador, era considerado todavía exclusivamente masculino.

personas sordas, al abrir cada vez nuevas oportunidades para su socialización¹⁵ a través de la organización de caminatas a la montaña, paseos en bicicleta y viajes a otras provincias. Estas actividades constituyeron un espacio para que las personas sordas empezaran a compartir sus experiencias, sentidos, valores, creencias y a identificarse los unos con los otros, es decir, empezaran a construir un sentido de pertenencia y una identidad colectiva (García, 2014). De este modo, un grupo de amigos sordos propició un espacio de encuentro y contribuyó a la emergencia de un colectivo estable, que sirvió para crear sentidos y valores compartidos esenciales para la construcción de una comunidad.

Además, los amigos futbolistas se encargaron de la expansión del grupo con la búsqueda activa de nuevos miembros. Así recuerda Guillermo la construcción paulatina del equipo: *“Poco a poco fui trayendo de uno en uno. Hasta que formamos un equipo de fútbol y ya, nada más. Estudio u otras actividades, no había nada, eso fue después [cuando se fundó la asociación]. Éramos un manojo de amigos que iba creciendo poquito a poco. Yo buscaba personas sordas y les traía, yo les robaba y me guardaba en el bolsillo [dice a modo de broma mientras se ríe]”* (comunicación personal, 3 de abril de 2018).

A pesar de que el propósito, en un primer momento, fue simplemente formar un equipo, una vez, reunidos, los nuevos miembros eran socializados en la lengua y adquirían y contribuían a la construcción de los valores y sentidos colectivos. Del mismo modo, se empezaron a formar redes de apoyo entre personas sordas en cuanto a vivienda y trabajo¹⁶. Guillermo acogió a algunas de estas personas en su propia casa. Daniel Zurita, su hijo, confiesa: *“¡Uy!, ¡Quién no ha vivido donde mi papi!”*. Cuenta que un día incluso acogieron a una persona en situación de calle que identificaron como sordo. Guillermo le enseñó la lengua y lo incluyó en los partidos de fútbol (comunicación personal, 29 de diciembre, 2017). De la misma forma, encontró trabajo para algunos de sus compañeros sordos en la maderera que lo había contratado. Con estos cimientos, el 6 de agosto de 1966 se funda el club deportivo Ecuador Sporting Silenciosos.

Alfredo Toro fue uno de los jóvenes reclutados por el equipo. Se encontró con Guillermo Zurita, por primera vez, un día en que decidió visitar su antigua escuela después de haberse graduado. En ese tiempo el equipo tenía solo un par de años. Guillermo, quien visitaba regularmente las escuelas de sordos de la ciudad en busca de personas para ampliar el equipo, se acercó: *“Entonces vino Guillermo Zurita y nos conocimos y le saludé. Le vi y pensé “yo soy joven y él es mayor que yo, yo soy menor”. Y le vi y le saludé y él me dijo: “vamos a jugar fútbol” y yo le dije: “no entiendo, ¿qué?, ¿dónde?”. Y él me dijo: “vamos, hay muchos sordos, vamos a jugar fútbol”* (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Fue para Alfredo una sorpresa enterarse de que había un grupo de sordos que se reunían, pero afirma que sintió curiosidad y decidió asistir. *“Fuimos juntos [Guillermo y yo] y vi un montón de sordos y saludé y saludé y saludé, estaba Manuel, Jaime¹⁷, un montón de sordos y yo saludé a todos con la mano [...] yo veía y decía: “¡Los sordos, conversando [señas]! yo no entiendo”. Entendía un poquito más o menos como se comunicaban”* (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Aquí podemos registrar de manera más clara que la lengua de señas emergente pertenecía únicamente al grupo de futbolistas y que, con el tiempo y su participación en este espacio, los nuevos miembros la aprendían. Como se explicó antes, esta lengua de señas tenía influencia de señas de los colegios a los que asistieron sus miembros, señas caseras y señas que habían acordado entre ellos mismos, suficientes para llevar adelante una conversación. Es así como Alfredo logra entender un poco, pero tiene que aprender una buena parte del nuevo vocabulario y estructuras lingüísticas con las que se encuentra. Como vemos, los reclutas desconocían el idioma y los

15 No en su significado restringido, como relacionamiento momentáneo con otras personas con fines de esparcimiento, sino en su sentido más amplio de enculturación, lo que va a permitir la incorporación de estructuras sociales, entre ellas las lingüísticas, además de prácticas y formas de ser, sentir y pensar.

16 Cabe mencionar que la iniciativa de Guillermo no fue aislada. En Guayaquil se registró un movimiento parecido a inicios de los años setenta (Oviedo, Carrera y Cabezas, 2015).

17 Personas sordas pertenecientes al equipo, ahora adultos mayores.

encuentros servían también para enseñar y compartir señas. Es decir, para introducirlos en una comunidad lingüística. Las palabras que faltaban se pensaban en conjunto y se creaban según la necesidad¹⁸ (comunicación personal, Alfredo Toro, 3 de abril de 2018).

Más allá de una reunión entre amigos, el equipo de fútbol se convierte en un espacio para producción y transmisión de lengua, sentidos y símbolos que hacen posible la construcción de una comunidad. La lengua de señas, en la que se fundamenta la comunidad sorda en el presente y que se desarrolló en la clandestinidad en el pasado se empezó a transformar, expandir y transmitir libremente a cada nuevo miembro. Además de un sistema lingüístico, en este espacio los futbolistas sordos pudieron compartir sus experiencias de otredad, aislamiento y desencuentro una vez reincorporados a la sociedad oyente, y de estos intercambios, convivencia y socialización nace un sentimiento de pertenencia.

En oposición al discurso oralista de asimilación o integración, el colectivo de sordos se empezó a formar como una potencial comunidad de destino para alumnos y exalumnos de las diferentes escuelas sordas. Con la iniciativa del equipo de buscar más jugadores, incorporar cada vez a más miembros, se inaugura un vínculo con las escuelas de sordos y, sobre todo, se crean articulaciones entre las generaciones: *“yo soy joven y él es mayor que yo, yo soy menor”*, eso es lo que descubre y comprende Alfredo.

Un lugar propio y una comunidad de sentido

La comunidad sorda empezó a aumentar poco a poco, pero el equipo de fútbol masculino sin un espacio de reunión fijo tenía un crecimiento limitado. Afortunadamente, algunos años después de la consolidación del grupo deportivo, los sordos ecuatorianos recibieron asistencia de sordos colombianos para el establecimiento de una asociación de personas sordas, que contó además con un espacio físico para reunirse más allá de las canchas de fútbol. Con la oficialización de la asociación, el reclutamiento ya no se dirigía a los interesados en este deporte sino a cualquier persona sorda que quisiera formar parte de la sociedad, incluso mujeres. Con un objetivo de unión permanente, la comunidad sorda se forma finalmente a través del esfuerzo asociativo que genera un espacio para la interrelación e interacción cotidianas, un lugar de arraigo y una colectividad cargada de significado a través de la enseñanza de la lengua y otro tipo de símbolos que hacen posible la cohesión entre sus miembros.

Aquí vale la pena analizar las memorias de Alfredo Toro, primer presidente de la asociación, en relación con las motivaciones y aspiraciones que llevaron a fundación de la APSOPP. Alrededor de 1976, un año después de que Alfredo se uniera al grupo de futbolistas, recibieron la visita de un sordo colombiano quien les contó sobre la comunidad sorda en su país. La primera asociación de sordos en Colombia se había fundado en 1957 en Bogotá, y la segunda un año después en Cali. Alfredo recuerda que el invitado extranjero, al ver que su lugar de reuniones era el terreno baldío en el que jugaban fútbol y, en ocasiones, la casa de Guillermo, preguntó: *“A ustedes les falta un lugar para reunirse, ¿cuál es su asociación?, ¿cuál es su asociación?”*. El pequeño colectivo de sordos no tenía un lugar propio donde pudieran ampliar sus actividades y convivencia, un lugar para organizarse, conversar, jugar, comer, etc., en general, para encontrarse más allá de sus casas y las canchas. Para ese entonces y con la ayuda de las asociaciones, la comunidad sorda colombiana agrupaba a muchas más personas que a las de un equipo de fútbol. Cuando los jóvenes sordos le respondieron que no tenían un lugar propio, él les invitó para que aprendan de su país: *“en Colombia hay, ¡vamos!”* (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

18 Los neologismos se crean proponiendo algunas variables y negociando con el fin de optar por la más apropiada. Este proceso es común en las comunidades sordas contemporáneas especialmente en la actualidad, dada la gran cantidad de palabras técnicas en castellano con las que las personas sordas se encuentran al acceder a la educación superior.

Entonces Alfredo y Miguel Santillán, líder sordo contemporáneo, junto con otros compañeros planearon un viaje a Cali y Bogotá. Cuando llegaron a la primera ciudad se encontraron con personas sordas que se reunían en su asociación y socializaban en lengua de señas colombiana. Alfredo lo recuerda así: “[...] *Ahí vimos a sordos y yo saludé, un montón de sordos, un montón y todos conversaban y yo estaba confundido, no entendía la comunicación en señas y yo veía y no entendía y decía: “¿qué?, ¿qué es una asociación? no, ¿qué? explíquenme, explíquenme, no entiendo”* (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Tener un lugar propio, permitió que la lengua de señas se enriquezca. Alfredo incluso recuerda que muchas señas que no existían en Ecuador las tomaron de Colombia. Después de Cali fueron a Bogotá donde también se sorprendieron de las relaciones entre sordos.

“[...] había un montón de sordos y nosotros vimos y estábamos asombrados y conversaban [en lengua de señas colombiana] tan bonito y las mujeres también conversaban y yo pensaba, en Ecuador no hay nada y aquí hay un montón, qué lindo. Conversan y conversan. [...] Y yo [me preguntaba]: “¿por qué allá en Quito oralizamos y aquí si hablan señas?”, o sea algunos sí oralizaban también, pero también usaban señas. Yo decía, “qué interesante” (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

La convocatoria realizada por el equipo de fútbol ecuatoriano era muy importante, pero limitada. Se reducía a una población muy pequeña y masculina. Ver a mujeres sordas interactuando es una de las cosas que sorprende a Alfredo, a más de la cantidad de señantes¹⁹. De vuelta en Ecuador el grupo de viajeros comunican lo aprendido y deciden que: *“necesitamos un local, necesitamos ingresos, un arriendo, si tenemos socios ellos pagan [una membresía] y con eso buscamos un lugar”* (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Miranda (2003: 2) define una asociación cultural como “la unión [voluntaria] de personas o grupos de personas con un mismo origen nacional o cultural en torno a objetivos identitarios y de integración social”. Estos objetivos pueden expresarse en demandas políticas o pueden ser acciones internas para mejorar la vida de los asociados. Sin embargo, no es un sinónimo de comunidad, aunque ayuda a darle concreción. La asociación es una herramienta, promueve la participación y la socialización, además de formalizar objetivos y metas comunes (Bolzman, 1997). En el caso particular de la comunidad sorda ecuatoriana, la primera asociación contribuyó definitivamente a la consolidación de un lugar propio y un espacio sordo²⁰, además ayudó a imaginar y construir una identidad diferenciada y a reconocer y actuar sobre las necesidades de las personas sordas con el objetivo de fortalecer la comunidad y mejorar la calidad de vida de los suyos.

La asociación de Sordos Adultos Fray Ponce de León se fundó el 31 de julio de 1978. Encontraron un lugar para reunirse en la Loma Grande y más tarde se cambiaron a uno más grande. Compraron sillones, escritorios, adecuaron el lugar y empezaron con los primeros proyectos. Cuando le pregunto a Alfredo sobre la motivación para crear la asociación, responde: *“[Para] reunir a los sordos de todas partes y ser más, y el [Guillermo] Zurita buscaba y*

19 Es allí que la no inclusión de mujeres sordas se torna evidente para Alfredo. Rosita, contemporánea de Guillermo Zurita, se unió a una asociación de personas sordas por primera vez a los 44 años y para hacerlo tuvo que escapar de su casa, donde sus familiares la mantenían encerrada (Diario de campo, 6 de enero de 2018). A pesar de que esta experiencia se repitió para muchas mujeres sordas la apertura de la asociación a toda la población sorda que quisiese participar permite a las mujeres convertirse en constructoras activas de la comunidad.

20 En los últimos años se han publicado trabajos interesantes desde la geografía que buscan explorar la percepción de las personas sordas de un territorio. Muchas veces el territorio sordo se asocia con las instituciones educativas, civiles o clubes en las que participan. Sin embargo, así como otras poblaciones, no se encuentran ancladas a un territorio, por los que en ocasiones se la describe como una comunidad itinerante, cualquier lugar repentinamente ocupado por señantes puede convertirse en un espacio sordo. Para un resumen de los descubrimientos en este campo consultar Gulliver y Fekete (2017). Hay que recordar que ni la cultura se encuentra necesariamente localizada, ni la identidad la define exclusivamente el apego a un territorio, es entonces cuando se hace más potente el concepto de comunidades imaginadas (Ferguson y Gupta, 2008).

nosotros buscábamos y nos acordábamos que había gente del colegio Enriqueta Santillán y les buscábamos en el INAL, antes se llamaba Eugenio Espejo y les buscábamos en el Eugenio Espejo y les decíamos “vengan acá” y ahí cada vez éramos más” (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

Comenzó entonces un nuevo proceso más amplio de reclutamiento e incorporación, una lucha contra la dispersión y el aislamiento. Pero, ¿por qué era importante reunir a tantas personas?

“Porque las personas [sordas] veíamos que había otras sociedades y decíamos “nosotros los sordos estamos todos por aquí dispersos”. Había personas adultas mayores que no tenían experiencia educativa, entonces a todos les traíamos a este lugar y decíamos “todos somos sordos” y este es nuestro nuevo tema, enseñar y alfabetizar en señas y aprender señas y palabras, y ayudar con eso. Y para eso era la asociación” (entrevista, 24 de septiembre de 2018).

La asociación no solo se convirtió en un lugar para agruparse y conversar, sino también en una oportunidad de identificarse y reunir a todas las personas sordas, sean que hayan tenido o no acceso a la educación y a través de la lengua crear identidad, capacitar y enseñar, y reflexionar sobre todo lo que se les había negado. Alfredo recuerda que alfabetizaban a aquellos sordos que no habían tenido la oportunidad de ir a la escuela ni al colegio, mediante el diccionario dactilológico les enseñaban el abecedario. Así la asociación empezó a reconocer las necesidades de la comunidad y sus objetivos se volcaban a solucionarlas. Después armaron cursos de mecánica para enseñar conocimientos básicos, y proporcionar destrezas a los sordos para que pudiesen ocuparse en trabajos relacionados al oficio.

El líder sordo se pone a la tarea de crear lazos entre las personas sordas de la ciudad para juntos, construir una comunidad, como la que experimentó en Colombia. Así, el objetivo es encontrarlos y vincularlos a su “sociedad”. Alfredo usa la seña de “sociedad” cuya traducción al español, según el contexto de la entrevista, se acomoda al que encontramos en el diccionario de lengua de señas ecuatoriana Gabriel Román: “Grupo de personas que pertenece a un lugar, una familia, un grupo, etc.” (FENASEC, 2018). En sus recuerdos podemos encontrar un deseo de pertenencia e identidad, que se relaciona con la idea de que la comunidad, muchas veces, se vuelve la familia de las personas sordas en contraste con el aislamiento, la falta de comunicación y desconexión que experimentan en sus hogares o espacio asignados por las lógicas y los modos de ser y comunicarse de los oyentes.

Podemos encontrar un reconocimiento de sí mismos cuando afirma que en su comunidad: *“todos somos sordos”*²¹. Así, la asociación funciona como un catalizador, satisface la necesidad de identificarse, de imaginarse como parte de una comunidad, de construir símbolos propios, compartir experiencias, modos de ser, pensar y sentir que se comunican a través de su lengua propia.

Conclusión

En primera instancia, una incipiente comunidad surge entre las personas sordas de la interacción entre los estudiantes en instituciones educativas especialmente creadas para ellos, así como de sus esfuerzos por crear formas propias de expresión, un lenguaje emergente que se acomode a sus necesidades de comunicación, y no a las de la población oyente bajo lógicas de corrección y asimilación. Se trata, sin embargo, de una colectividad temporal, inestable, pasajera,

21 Para las personas sordas, ser sordo va más allá de una condición fisiológica, significa compartir con la comunidad, hablar una lengua viso gestual y poseer una cultura. Por ejemplo, en la comunidad sorda de Quito se le otorga valor a la diferencia fisiológica que implica la sordera, es decir, no se la interpreta como una pérdida, sino como una ganancia en cuanto a visualidad. La lengua de señas, en este sentido, se piensa como un resultado natural de la visualidad “mejorada” de las personas sordas en comparación a los oyentes. Para una discusión más amplia revisar Bossano (2019).

que aprovecha las condiciones forzadas por las instituciones escolares en tanto no depende de los sordos, sino de la institucionalidad que marca la escuela. Posteriormente, su comunidad se forma y consolida a través de la agencia de las personas sordas. Aquí hay una comunidad creada y no forzada, que resulta de su empeño por construir espacios de reunión, convivencia, y finalmente, del esfuerzo asociativo; ambos permitieron imaginar una comunidad, dotada de características propias, sentidos y aspiraciones compartidas.

La posibilidad de comunicación, en su sentido más amplio, es el factor material, significativo y emotivo de congregación de las personas sordas. A partir del sistema lingüístico compartido, la comunidad se construye en el intercambio de vivencias, mentalidades, pensamientos, sentimientos y estilos de vida de los miembros. Así las experiencias de socialización y enculturación más significativas para ellas ocurren fuera de la comunidad de oyentes, de sus círculos de vecindad, y casi siempre, lejos del grupo de parentesco, en tanto se realiza al interior de la comunidad sorda a través de las lenguas de señas.

La identidad colectiva se conforma principalmente de la necesidad de distinción y mismidad motivada por las experiencias de otredad que las personas sordas enfrentan cotidianamente al interior de la sociedad mayor, tanto en el hogar, como en el espacio laboral y la escuela. De este modo, las relaciones sociales al interior de una comunidad se convierten en generadoras de símbolos compartidos, de pertenencia y de sentidos, desde donde sus miembros dan significado a sus diferencias. En consecuencia, si bien una comunidad surge las creencias y prácticas de una religión o una etnia, de su pertenencia a un espacio geográfico o, como hemos visto, en el caso de las personas sordo signantes, el uso de una lengua particular; son los símbolos los que le dan significado a esta materialidad, crean reconocimiento entre sus miembros y les permiten identificarse como parte del grupo.

Una verdadera comunidad es siempre un esfuerzo, pues no surgen espontáneamente, ni se reproduce o mantiene de forma natural. Como muestra Anderson (1993) con la creación de las comunidades nacionales nacen a partir acciones concretas, de agentes particulares, en especial del Estado. Asimismo, la comunidad sorda es construida a partir de los esfuerzos de las personas sordas, lo que da muestra de su agencia, no solo para congregarse sino para crear una cultura de sentidos cuya base es la lengua misma. Enfatizar en la agencia de las personas sordas y en sus esfuerzos por construir su comunidad, impide que veamos en ellas únicamente a sujetos pasivos, víctimas de la opresión de la sociedad dominante y oralista que ha proliferado por medio de los discursos y prácticas educativas y médicas, y que varios estudios han analizado y expuesto. Sin dejar de reconocer las múltiples formas de aislamiento, desigualdad y vulnerabilidad a las que se enfrentan las personas sordas, es importante mostrar sus respuestas, su voluntad y creatividad, así como la capacidad de nombrarse a sí mismas y crear sentidos propios más allá de los que otros les han asignado.

En la actualidad las asociaciones y federaciones, que una vez fueron los lugares de socialización y construcción cultural, parecen estar perdiendo su relevancia en este sentido. La comunidad, ya consolidada, parece no necesitar de ellas para existir. Los sordos pueden elegir de entre un sinnúmero de clubes y espacios de socialización, pueden incluso decidir no enrolarse en ninguno. Estos son aspectos que requieren ser investigados, más aún cuando las nuevas tecnologías de comunicación acortan las distancias y crean nuevas formas y redes de socialización. Ser sordo en este sentido no es restringirse a ciertas actividades, lugares y redes de relacionamiento. Este es sin dudas el desafío al que las instituciones sordas deben enfrentarse.

Bibliografía

- Anderson, B. 1993, Introducción, en: Anderson, B. *Comunidades Imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, pp.: 17-25, recuperado de: <https://teoriadelacomunicacion2013.files.wordpress.com/2013/03/comunidades-imaginadas-benedict-anderson11.pdf>
- Atherton, M. 2005, *Choosing to be deaf: leisure and sport in the deaf community of 4169887/north-west England, 1945–1995*, tesis de doctorado, Montfort University, Leicester, Inglaterra, recuperado de <https://www.dora.dmu.ac.uk/handle/2086/4957>
- Banet, J. 2016, *Influencia de la variedad hispano-ecuatoriana sobre la lengua de señas ecuatoriana en el siglo XX*, tesis de maestría, Universidad de Jaén, Jaén, España, recuperado de <http://www.jorgebanet.com/wp-content/uploads/TMF-Jorge-Banet-final.pdf>
- Bucholtz, M. y Hall, K. 2010, “Locating identity in Language”, en: Llamas, C. y D. Watt (Ed.), *Language and identities*, Edinburgh University Press, Edimburgo, Reino Unido, pp. 369-394.
- 2003, “Language & identity”, en: A. D. (Ed.), *A companion to linguistic anthropology*, Basil Blackwell, Oxford, Reino Unido, pp.: 369-394.
- Calhoun, C. 1994, “Social theory and the politics of identity”, en: Calhoun, C. *Social theory and the politics of identity*, Blackwell Publishers, Cambridge, Inglaterra, pp.: 9-36.
- Campana, P. 2018, “La pareja que creó el lenguaje de su afecto”, en: *Revista Late*, recuperado de <http://www.revistalate.net/la-pareja-que-creo-el-lenguaje-de-su-afecto/>
- Campana, X. S. 2015, *Normalización y Sordera en Ecuador: Historia de una lucha contra la naturaleza*, tesis de pregrado, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, Ecuador, recuperado de <http://repositorio.puce.edu.ec/bitstream/handle/22000/8778/Tesis.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Cohen, A. 2001, *The symbolic construction of community*, Taylor & Francis, Londres, Inglaterra y Nueva York, Estados Unidos, pp.:11-38, recuperado de <http://14.139.206.50:8080/jspui/bitstream/1/1714/1/Cohen,%20Anthony%20P.%20-%20Symbolic%20Construction%20of%20Community%20Key%20Ideas%201985.pdf>
- Durkheim, E. 2003, *Formas elementales de la vida religiosa*, Akal, Madrid, España.
- FENASEC. 2014, *Aproximaciones a la historia de la comunidad sorda ecuatoriana*, Ministerio de Educación, Quito, Ecuador.
- Gupta, A. y Ferguson, J. 2008, “Más allá de la “cultura”: espacio, identidad y políticas de la diferencia”, en: *Antípoda* (7), pp.: 233-256
- García, M. 2014, “Comensalidad”, en: *Revista pediátrica HNRG*, 56 (255), pp.: 219-220, Recuperado de <http://revistapediatria.com.ar/wp-content/uploads/2014/12/03-255-Comensalidad.pdf>
- Hall, S. 2003, “Introducción: ¿quién necesita «identidad»?”, en: S. H. (Comp.), *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, Argentina, pp.: 13-39, recuperado de https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/ejes/quien%20necesita%20identidad-hall.pdf
- Meir, I. et al. 2010, “Emerging sign languages”, en: Marschark, M. & P. E. Spencer (Eds.), *Oxford handbook of deaf studies, language, and education 2*, pp.: 267-280, recuperado de http://sandlersignlab.haifa.ac.il/html/html_eng/pdf/EMERGING_SIGN_LANGUAGES.pdf
- Melucci, A. 2003, “The process of collective identity”, en: Johnston, H. *Social Movements And Culture*, Taylor & Francis Group, London, pp.: 41-63.

Entrevistas

- Campana, P., 1 de junio 2018, entrevista personal a Guillermo Zurita, persona sorda y fundador del club deportivo Sporting Silenciosos.
- Bossano, F., 8 de enero de 2018 entrevista personal a Daniel Zurita, hijo oyente de padres sordos.
- Bossano, F., 24 de septiembre de 2018, entrevista personal a Alfredo Toro, persona sorda y fundador de la APSOPP.

Comunicaciones públicas

Conversatorio: hechos históricos de la comunidad sorda. 24 de septiembre de 2018, Café en señas, Quito, Ecuador.